



La homilía que el Papa nunca llegó a predicar

Una perla oculta de la historia Marista: ¿cuál era su mensaje secreto?

H. Michael Green

Los Maristas que tuvieron la buena suerte de estar en Roma hace veinticinco años para la canonización de San Marcelino recordarán una semana memorable. Fue extraordinaria. Miles de personas acudieron a la Ciudad Eterna desde todas partes del mundo Marista. Durante varios días, participaron en conciertos, recepciones, encuentros juveniles y celebraciones litúrgicas; se identificaban por las bufandas conmemorativas y otros objetos; cantaron canciones hechas específicamente para el momento; se reunieron y festejaron juntos. En una mañana ligeramente lluviosa de domingo, 18 de abril, los peregrinos llenaron la plaza de San Pedro para escuchar al Papa, Juan Pablo II, proclamar la santidad de Marcelino Champagnat. Una enorme imagen de una nueva pintura del Fundador estaba colocada en el andamio que ocultaba la fachada de la basílica, que estaba siendo renovada en ese momento. Las celebraciones continuaron mucho después de la Misa, mientras los Maristas se adueñaban de Roma. Fue un gran acontecimiento.

Pero, desconocido para todos, excepto para los organizadores, una de las actividades planeadas no se llevó a cabo. Se suponía que, en la mañana, después de la canonización, habría una audiencia papal especial para los peregrinos Maristas, quizás en el Aula Pablo VI donde sus diversos grupos nacionales habían organizado un concierto, con música y bailes, la noche del sábado anterior. Por diversas razones, no se pudo programar. En cambio, se organizó una Misa para todos, esa mañana, en la basílica de San Pablo Extramuros, pero no fue dirigida por el Santo Padre.

Como parte de la planificación para la audiencia cancelada, al Hermano Charles Howard, el anterior Superior General, retirado entonces en Sídney, se le había pedido, confidencialmente por

el Vaticano, que escribiera un discurso para que el Papa lo pronunciara ante los peregrinos Maristas. El borrador de este discurso sobrevive. Nunca ha sido publicado, ni siquiera conocido. El vigésimo quinto aniversario de su no entrega parece un momento apropiado para darlo a conocer.

El borrador ha estado escondido en los archivos de este escritor desde 1999. En ese momento, el Hermano Charles estaba destinado en la Casa Provincial de los Hermanos en Sídney. Cerca de la Fiesta de San Marcelino, el 6 de junio de ese mismo año, cada uno de los Hermanos de la comunidad se despertó para encontrar una nota mecanografiada deslizada bajo la puerta de su habitación (¡una práctica de toda la vida del Hermano Charles!). Les daba algunos detalles sobre el borrador del discurso papal que había preparado y sugería que podría ser útil incluirlo en su oración matutina comunitaria:

Queridos Hermanos

Hacia finales del año pasado se me pidió que escribiera algunas notas para facilitar el trabajo de aquellos que preparaban el Discurso del Santo Padre para los peregrinos, al día siguiente a la Canonización de San Marcelino.

Estas notas consistían en:

1. Algunas notas biográficas.
2. Algunos aspectos importantes de la espiritualidad de Marcelino.
3. Un número limitado de referencias, en su mayoría extraídas de:
 - escritos recientes del Papa Juan Pablo II
 - extractos de las Constituciones de los Hermanos Maristas
 - algunos escritos del Hermano Benito

Al final de cada sección, incluí dos o tres párrafos de sugerencias para el Discurso, tomadas de las referencias mencionadas en el punto 3 ¡y mis propias ideas! En total, el trabajo constaba de unas 15 páginas.

Lo que sigue son los párrafos que pensé que podrían ser útiles para los escritores de discursos.

Bueno, ¡es una lástima si se desperdicia! Así que podrían usarlo para las oraciones del jueves mientras yo me haya ido a Canberra.

Charles



Los Hermanos cumplieron obedientemente con lo propuesto por su anterior Superior General, pero una comunidad pequeña de ocho Hermanos era una asamblea más modesta que los diez mil o más Maristas que podrían haber escuchado las palabras de Chales pronunciadas por el Papa. Un cuarto de siglo después tal vez sea oportuno que esas palabras sean recibidas hoy por un público Marista más amplio.

Aquí está el discurso que el Hermano Carlos escribió para el Papa Juan Pablo II.

Hoy, queridos amigos, honramos a un nuevo Santo, San Marcelino Champagnat, un hombre que para nosotros es un brillante ejemplo de fe. En el corazón de su espiritualidad estaba su fe en el amor de Dios y en la presencia continua y la acción de Dios en su vida. Esto fue la raíz de su notable celo, compasión, energía y entusiasmo. Fue esto lo que le sostuvo en circunstancias muy difíciles. Fue esto lo que le permitió seguir diciendo 'sí' a Dios, así como lo hizo María.

Cada uno de nosotros, queridos amigos, tiene un lugar especial en el corazón de Dios. Él escribe en la vida de cada uno de nosotros un proyecto de amor y gracia, invitándonos, a través de las inspiraciones del Espíritu Santo, a desempeñar nuestro papel en la instauración del reino de Dios.

Cada uno de nosotros tiene una preciosa vocación como discípulo de Cristo. Como miembro de la amplia familia marista, les animo a apoyarse mutuamente en su vocación personal, a orar unos por otros para que sean sensibles y fieles a las llamadas del Espíritu Santo en sus vidas. Y oren de manera especial por las vocaciones a las congregaciones maristas, a la vida religiosa y al sacerdocio.

Un gran amor por María fue una de las características más importantes de la vida de Marcelino Champagnat. Él veía una señal especial del amor y la providencia de Dios en el regalo de María en su vida. Su confianza en sus oraciones y su protección brillan claramente a lo largo de su vida. María es modelo y madre para todos nosotros y le pedimos que nos ayude a ser fieles a nuestra vocación cristiana, a hacer nacer a Jesús en los corazones de los demás. Ella es un modelo para nosotros al abrirnos al movimiento del Espíritu Santo en nuestras vidas, al amor de Dios y al coraje y la pasión como discípulos de Jesús. Jesús fue el centro de la vida de María; él debe ser el centro de la nuestra.

Todos estamos llamados a continuar la misión de Jesús, a llevar vida a los demás, y sé que muchos de ustedes hacen esto en la noble vocación de la enseñanza. Muchos de ustedes han hecho esto generosa y sinceramente a lo largo de muchos años, a veces en circunstancias muy difíciles. Les felicito y se lo agradezco.

Les animo a todos a que sean apasionados en su trabajo, apasionados en difundir la Buena Nueva con su celo, con el testimonio de sus vidas, entregándose generosamente en el servicio a los demás, especialmente de los jóvenes, y entre los jóvenes, a tener un cuidado especial por los marginados y los más necesitados. Sean Marcelinos para los jóvenes necesitados, para aquellos que buscan valores y quieren dar sentido a sus vidas. Sean Marcelinos para los jóvenes que necesitan a alguien que los escuche, los anime,



los ame. Para aquellos de ustedes que están involucrados en la educación, nunca olviden esas palabras de San Marcelino: “Para educar a un niño correctamente, debes amarlo.”

Marcelino animó a sus Hermanos a amarse mutuamente y a amar a sus estudiantes. Su insistencia en la importancia de crear un espíritu de familia en las comunidades y en las escuelas es un legado maravilloso. Tener estudiantes, maestros, personal y padres que se sientan en casa unos con otros, con el conocimiento de ser aceptados y valorados independientemente de su papel o posición social, es un regalo hermoso y una contribución valiosa al desarrollo de las personas. Cualquier institución educativa con un fuerte espíritu de familia tendrá un impacto evangelizador en todos los que entren en contacto con ella.

Los felicito por todo lo que hacen para desarrollar este espíritu de familia, este sentido de comunidad, algo que es vitalmente necesario en el mundo de hoy. Además, una comunidad verdaderamente cristiana siempre estará lista para ampliar sus límites para abrazar a otros necesitados, y para trabajar por la reconciliación donde sea necesaria. Les animo fuertemente en esto: que sean mensajeros del amor, de la justicia y de la paz para la amplia familia humana. Que sus instituciones nunca se conviertan en bastiones de los privilegiados.

Sabemos que Marcelino Champagnat fue un hombre con una preocupación especial por los necesitados y los desfavorecidos. Fue un hombre rico en compasión y sensibilidad hacia aquellos en los márgenes de la sociedad. Animó a sus Hermanos a cuidar lo mejor posible de los más pobres, de los más ignorantes y de los niños más lentos.

Les insto a seguir este ejemplo de San Marcelino, a ser hombres y mujeres solidarios. El mundo necesita urgentemente un sentido de fraternidad que incluya un espíritu de compartir donde las personas consideren un honor poder dedicar su cuidado y atención a las necesidades de sus hermanos y hermanas en dificultades. Queridos amigos, estamos en el segundo año de preparación para el Gran Jubileo del Año 2000 y el Espíritu Santo está trabajando en el mundo. Una forma en que vemos esto es en el servicio desinteresado de aquellos que trabajan junto a los marginados y los que sufren, aquellos que trabajan por un mundo mejor y una sociedad más justa.

Noté con alegría que, en situaciones sociales y políticas difíciles, alienta a sus Hermanos a permanecer con la gente en la medida de lo posible y soy consciente de que, en los últimos años, once de sus Hermanos han muerto violentamente por el testimonio de su fe, su coraje cristiano y su fidelidad al pueblo. También tienen otros Hermanos viviendo en circunstancias muy difíciles. Me dirijo a ellos y les agradezco el testimonio de sus vidas, que es un estímulo para todos nosotros a ser generosos en nuestra vivencia de nuestra fe y nuestro compromiso con la solidaridad, como recomendó su Capítulo General. “Esta es la hora de que aceptemos, decidida e inequívocamente, la llamada del evangelio a la solidaridad”. Esta llamada a la solidaridad es muy importante para nuestro tiempo y les insto a todos a ser generosos y audaces mientras siguen esta llamada que claramente es la del Espíritu.

Mis queridos amigos, es fácil mirar el mundo de hoy y ver muchos factores negativos que pueden llevar al pesimismo. Pero creo que Dios está preparando una gran primavera para el cristianismo y si nos abrimos al Espíritu Santo, podemos transformarnos en testigos valientes y audaces de Cristo y su mensaje. Fue el Espíritu quien guió a los apóstoles, fue el Espíritu quien llevó a Marcelino Champagnat a ser un líder tan valiente y audaz. El mismo Espíritu nos concederá valentía para difundir la Buena Nueva y para llevar el amor de Jesús a los demás a través de nuestra preocupación, compasión, disponibilidad e interés en sus problemas y necesidades. Anímense y fortalézcanse mutuamente y el Espíritu llenará sus corazones de amor, pasión y valentía. De diferentes maneras, todos

nosotros tenemos la capacidad de ser testigos y líderes audaces y valientes.

Sean audaces también como grupo. Sean un ejemplo brillante de laicos y religiosos trabajando juntos con valentía en la gran y ardua aventura de la evangelización de los jóvenes y sus familias. Con su fuerte espíritu de familia, pueden ser modelos de la nueva visión de la Iglesia con su colaboración y asociación entre todos los miembros. Y juntos, compartiendo el carisma de Marcelino Champagnat, pueden trabajar para proporcionar a los jóvenes una espiritualidad mariana renovada. Sean valientes, mis amigos, sean Marcelinos para hoy.

Ahora, me gustaría decir unas palabras finales a los Hermanos. He notado con gran alegría que un buen número de ustedes han mostrado su disposición para servir en situaciones difíciles, incluyendo países donde algunos de sus compañeros han sido asesinados en los últimos años. Todos ustedes, queridos Hermanos, están siendo llamados al heroísmo en este período crítico de la historia de su Instituto. Todos ustedes han sido llamados a permitirse ser transformados por el Espíritu Santo, a convertirse y a refundar su Instituto en una fidelidad creativa al espíritu de su Fundador, San Marcelino Champagnat. Hoy damos gracias a Dios por la vida de este gran hombre y la inspiración que es para todos nosotros. Que también sea un día de acción de gracias por nuestra propia vida y nuestras propias vocaciones, un tiempo para renovar nuestro compromiso.

En particular, ruego para que sean valientes al emprender esta refundación que es tan importante para todos aquellos a quienes están sirviendo ahora y a quienes servirán en el futuro. También es muy importante para toda la Iglesia.

Para todos ustedes, miembros de la comunidad marista más amplia, que caminan con los Hermanos en asociación colaborativa, oren con y por ellos pidiendo la ayuda especial de María. Animen a los Hermanos a ser audaces en su solidaridad y en su refundación, tal como lo hicieron en su último Capítulo General.

Por ustedes mismos, ruego para que sientan el aliento y el testimonio de su Santo Fundador a fin de que vean con mayor claridad la dignidad de su propia vocación en la vida, su vocación a ser testigos alegres del Misterio Pascual de Jesús, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, llamados a ser mensajeros de esperanza en un mundo que anhela una visión espiritual de la vida.

Marcelino Champagnat es un hombre que tenía un gran amor por la Iglesia y se regocijaría al ver la unión que hoy buscamos con sacerdotes, religiosos y laicos, todos comprendiéndose, respetándose, animándose y apoyándose mutuamente en diferentes campos vocacionales, todos invitados y comprometidos a llevar a cabo la misión de Jesús. ¡Maravilloso!

Y ahora, finalmente, pidamos a María, nuestra buena madre, que continúe inspirándonos y orando por nosotros en nuestro viaje de fe, esperanza y amor.



Para apreciar los temas y énfasis en el texto que el Hermano Charles redactó para el Papa, incluyendo lo que podría considerarse su subtexto o mensaje oculto, es útil situarlo en el contexto marista en el que fue escrito. En el año 1999 se cumplían 44 años después de la beatificación del Fundador y 34 años después del final del Concilio Vaticano II. Ambos eventos fueron muy significativos para el movimiento marista, el primero porque resultó ser un catalizador para nuevos estudios e investigaciones sobre Marcelino, y el segundo por la forma en que condujo a una mayor aceptación de mujeres y hombres que comenzaban a considerarse a sí mismos como maristas y que compartían la responsabilidad de continuar el proyecto de Marcelino como parte de su propia vocación bautismal. Durante la década de 1990, estos dos desarrollos se cruzaron más que nunca. Hubo bendiciones en eso, pero también peligros. El Hermano Charles parecía estar alerta a ambos.

En el momento de la beatificación en 1955, la forma en que Marcelino era conocido y entendido se estaba volviendo un poco remota y anticuada. Parecía pertenecer a otro tiempo. A pesar de que aparecieron varias biografías posteriores a la del Hermano Jean-Baptiste, un siglo antes, estas contenían muy poco en términos de nueva investigación sustantiva o ideas frescas. Era más un reempaquetado de narrativas antiguas. Aparte de los primeros trabajos como el del Hermano Pierre Zind en Francia, pero en gran medida desconocidos en otros lugares, todo lo que se podía encontrar en las estanterías maristas eran textos polvorientos y desactualizados. El primer volumen de *Origines Maristes*, fruto de la investigación innovadora de Jean Coste SM y Gaston Lessard SM, aún estaba a cinco años de distancia. Las tesis doctorales que comenzaron a aparecer en la década de 1960 y 1970 sobre Marcelino Champagnat, la espiritualidad marista y la educación marista, y sobre la historia fundacional marista, apenas se estaban escribiendo. El “canon” fundacional en uso en todo el Instituto Marista no se había aumentado realmente desde la década de 1860, y algunos libros nunca se habían traducido del francés. No es sorprendente que en una década más o menos, en su mayoría dejaran de usarse. Hablaban de un contexto olvidado.



Las cosas cambiaron notablemente durante las dos décadas posteriores, a mediados de la década de 1970. Nuevas investigaciones, nuevos libros, tanto académicos como populares, llevaron a una plétora de cursos, programas y recursos disponibles. El Concilio Vaticano II llamó a las familias religiosas a redescubrir y reinterpretar a sus fundadores. El interés por Marcelino fue reavivado. Lo que surgió fue un hombre que se sentaba fácilmente en la iglesia posconciliar. Aparecieron nuevas pinturas y esculturas en todo el mundo marista. Se escribieron canciones. Marcelino fue adaptado al siglo XX. Su sabiduría espiritual fue destilada de nuevo. Los maristas se entusiasmaron con esta imagen fresca del Fundador: una figura más humana, inspiradora y atractiva que la que habían conocido anteriormente. Las cartas de Marcelino, en particular, revelaron a un hombre de compasión, pasión, maestría espiritual y humor.

El bicentenario de su nacimiento en 1989 fue celebrado como el “Año Champagnat” y señaló una década de atención centrada en Marcelino. Al introducir el año, como Superior General, el Hermano Charles Howard invitó a las personas a encontrarse con “un hombre de la tierra, un hombre de Dios, un hombre de gran amor, un hombre de buen sentido”. Se publicó una versión revisada y editada críticamente de *La Vida*, con un ejemplar personal proporcionado para cada Hermano e institución marista. En la Casa General, se colocó una nueva escultura de cerámica de la vida de Marcelino, una obra que capturó el celo de Marcelino, su acercamiento a la juventud, su entusiasmo y espíritu de familia. También se develó un nuevo mural. Se produjeron obras de teatro, musicales, canciones, arte, esculturas, folletos y recursos con Marcelino Champagnat como tema en todo el mundo. La espiritualidad de Marcelino y su enfoque en el ministerio y la comunidad atrajeron a los maristas de hoy.

La inspiración y la energía que se derivaron de todo esto fueron bienvenidas y abundantes, pero los riesgos latentes fueron, en opinión de algunos, menos evidentes. El uso del Fundador como punto de referencia principal para los maristas parecía casi omnipresente. La versión en inglés del nuevo documento de educación marista terminado en 1997 se llamaba *In the Footsteps of Marcellin Champagnat* (Tras las huellas de Marcelino Champagnat), donde el Fundador era descrito como la “raíz vital” de la educación marista. A los educadores maristas se les pedía ser “discípulos” de Marcelino. ¿Qué pasa con la centralidad de Jesucristo?

Cada grupo eclesial que haya tenido la fortuna de tener un fundador inspirador y atractivo debe tener cuidado de no desarrollar algo así como un culto a la personalidad en torno a esa persona, o de no idealizar su memoria de tal manera que el fundador se convierta en el tema principal de su narrativa. Hacerlo puede usurpar potencialmente la esencia del carisma personal de un fundador y sustituirla por algo que no tiene nada que ver con ser discípulo cristiano y llevar a cabo la *missio Dei*. Cuando la historia de un fundador o la identidad institucional se abrazan de manera acrítica o no evangélica, el peligro creado inadvertidamente puede ser un triunfo del estilo sobre el contenido, o de la identidad sobre el propósito. Al ser Marcelino una figura tan irresistiblemente inspiradora, tanto en su persona como en su acción, este era claramente un riesgo que acechaba a los maristas.

En ese momento, durante la década de 1990, hubo otro desarrollo significativo en el mundo Marista: una ampliación consciente y proactiva “widening of the tent” (Ampliación de la tienda). El impulso había ido creciendo durante más de una década: se nombró en el Capítulo general de 1985, que a su vez condujo a la fundación del Movimiento Champagnat de la Familia Marista un par de años más tarde, y luego a la acogida de laicos en el siguiente Capítulo de 1993, la primera vez que esto sucedía. Cada vez más, los laicos eran vistos no simplemente como socios misioneros o colaboradores de los Hermanos, sino como “Maristas” por derecho propio. El Hermano Charles los incluyó en su última Circular, que tenía como tema la espiritualidad Marista. Se alentaba a grandes

cantidades de hombres y mujeres que no eran miembros profesos del Instituto a que se reconocieran y se consideraran a sí mismos como Maristas. De hecho, en la vida y misión Marista en muchas partes del mundo, era el caso de que unos pocos Hermanos estaban apoyando a un grupo numéricamente mucho más grande de estos nuevos Maristas, en lugar de al revés.

Esta comprensión ampliada de quién era un Marista, y la inducción efectiva de muchos miles de nuevas personas en la vida y misión Marista, estaba ocurriendo, sin embargo, en un momento en que la persona y, desafortunadamente, a veces el culto, del Fundador estaba en su apogeo. También hubo un énfasis creciente en la identidad Marista, en algunos lugares a expensas del propósito Marista. El lanzamiento de Misión Educativa Marista, por ejemplo, enumeraba cinco características del estilo Marista distintivo de hacer evangelización que, en algunas regiones, llegaron a ser malinterpretadas como la base de lo que significaba ser Marista en general. Nuevamente, estilo sobre esencia. Con retrospectiva, es razonable preguntarse: ¿Cuál era el autoconcepto del mundo Marista en el que se estaban incorporando estos nuevos Maristas? ¿Hasta qué punto estaba centrado principalmente en Marcelino Champagnat y/o en el estilo cultural Marista, en lugar de explícitamente en Jesucristo y el discipulado cristiano? Por supuesto, los dos no son mutuamente excluyentes, pero es una cuestión de orientación y equilibrio.

Avanzamos hacia 1999, el año en que se escribió el “discurso papal” del Hermano Charles. La expectativa en torno a la canonización era inmensa. La imaginación de la gente había sido capturada. Se organizaron eventos en todo el mundo Marista, culminando en la semana de la ceremonia en sí. La gente vino de todas partes. Desde Australia, por ejemplo, más de cincuenta escuelas Maristas enviaron representantes de estudiantes y personal a Roma. Los Hermanos se inscribieron en un sorteo para ser elegidos. Antiguos alumnos y otras personas, mujeres y hombres Maristas, se unieron a ellos. La animada delegación de Australia ocupó la mayor parte de la sección económica de un avión Boeing 747 de Qantas. Al llegar a Roma, se unieron al grupo más grande de Maristas jamás reunido



en un solo lugar, o probablemente jamás se volverá a reunir: decenas de miles. Todos llevaban sus “bufandas de Champagnat” y a menudo cantaban el nombre del nuevo santo mientras recorrían Roma. Entre los peregrinos había aproximadamente mil Hermanos, entonces una quinta parte completa del Instituto, que, en uno de los eventos previos, se reunieron en una memorable noche en la Casa General. A este gran grupo de Maristas es a quienes el Hermano Charles imaginaba que el Papa Juan Pablo II dirigiría su discurso. ¿Qué quería que dijera el Santo Padre?

Sorprendentemente, pero parece ser deliberado, a lo largo de los diecisiete párrafos del discurso, hay relativamente poco enfoque en el propio San Marcelino. Cuando se menciona, casi siempre es en el contexto de lo que puede enseñar a los Maristas contemporáneos sobre la fe y el discipulado, sobre vivir en el amor y la presencia de Dios, sobre formar comunidad y sobre ser fortalecidos para la misión. Desde el principio, el Hermano Charles sitúa a Marcelino en su experiencia del amor de Dios y su respuesta a esto. En el primer párrafo también presenta a María, no devocionalmente sino como modelo de discipulado. Ya en el segundo párrafo, nosotros – los oyentes, los Maristas de hoy en día – nos convertimos en el foco. Charles primero nos asegura que cada uno de nosotros “tiene un lugar especial en el corazón de Dios”.

El discurso es bastante cristocéntrico en su teología y se centra principalmente en la vida y el trabajo de los Maristas de hoy en día: “Jesús fue el enfoque total de la vida de María; debe ser el enfoque de la nuestra”. Esta experiencia de Jesús no podría llevar a otro lugar que no fuera una respuesta en amor: “Todos estamos llamados a continuar la misión de Jesús, a llevar vida a los demás, y sé que muchos de ustedes lo hacen en la noble vocación de enseñar”. Charles luego utiliza el lenguaje característico Marista para describir la manera distintiva Marista de compartir en la misión de Jesús, con palabras como “pasión” y “entusiasmo”, “amar a los estudiantes”, “familia” y “hogar”. La mayor parte de la segunda mitad del discurso se refiere a temas por los que el Hermano Charles era conocido, y que esperaba que sean característicos de la vida y misión Marista en todas partes: que los Maristas sean “mensajeros de amor, de justicia y de paz”; “hombres y mujeres de solidaridad”; “audaces”, “atrevidos” y “valientes”. El último punto es especialmente conmovedor en el contexto de los Maristas que fueron mártires en la década anterior, cuyas muertes aún estarían bastante frescas en la memoria. Incluye un mensaje que sería típico de Marcelino –sin nombrarlo explícitamente– al alentar de todo corazón a sus oyentes, con optimismo y confianza en el valor de sus vidas y trabajo como Maristas.

A solo seis párrafos del final del discurso, de forma implícita el Papa se dirige a un amplio sector del mundo Marista: mujeres y hombres, religiosos, clérigos y laicos. Al hacer esto, Charles está claramente afirmando la ampliación de la tienda Marista y, al hacer que el Papa diga las palabras, también quiere que la Iglesia lo afirme. Pero luego se vuelve bastante explícito: “Sean un ejemplo brillante de laicos y religiosos que trabajan audazmente juntos en la gran y ardua aventura de la evangelización de los jóvenes y sus familias... sean modelos de una nueva visión de la iglesia.” Es solo después de todo esto que dedica un párrafo específicamente a los Hermanos, llamándolos a la renovación y a la “refundación”, que era un tema importante en ese momento.

Luego vuelve a su audiencia Marista más amplia, y termina donde comenzó, con Jesús: “Sean testigos alegres del misterio pascual de Jesús, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, llamados a ser mensajeros de esperanza”; “Marcelino Champagnat... se regocijaría al ver la unión que buscamos hoy con sacerdotes, religiosos y laicos... todos con la vocación común de llevar a cabo la misión de Jesús. ¡Maravilloso!”

El Hermano Charles Howard, en este discurso con motivo de la canonización, puede verse celebrando un importante acontecimiento en el mundo Marista mientras corrige sutilmente otro. La



afirmación es, obviamente, por la nueva e inclusiva comprensión de la pertenencia a la comunidad marista y cómo ésta podría ser un paradigma profético para otras familias espirituales dentro de la Iglesia. La advertencia más silenciosa es llevar a esta familia de personas a lo que, o quién, debería estar en el centro de todo para ellos: Jesucristo. Y, por lo tanto, no Marcelino Champagnat. Él los instaba no tanto a amar y celebrar a Marcelino, sino a amar y celebrar lo que Marcelino amaba y celebraba. La diferencia era esencial.

Un epílogo interesante de la canonización y del borrador del discurso del Hermano Charles Howard es la estatua que fue instalada en un nicho de la Basílica de San Pedro al año siguiente y bendecida por el Papa Juan Pablo II; un regalo del gobierno de Costa Rica. Hay mucho que se puede decir de esta impresionante escultura de San Marcelino por Jiménez Deredia, pero para los propósitos de este artículo, un pequeño aspecto de su historia puede ser pertinente. Cuando el diseño, uno inusualmente moderno para ese edificio barroco de estilo renacentista, fue presentado a las autoridades del Vaticano, se dio la aprobación, quizás a regañadientes. Pero se insistió en un pequeño cambio: no había nada que indicara que Marcellin fuera sacerdote, así que se debía poner una cruz en algún lugar. Deredia puso una en su mano. Esta decisión fue criticada por algunos sectores Maristas, como una interferencia injustificada con la licencia artística. Pero quizás no fue una idea tan mala. Nos recuerda que Marcellin fue moldeado por una identidad y un propósito más profundos.